

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE  
DEL SENADO, HON. RAFAEL HERNANDEZ COLON,  
EN LA "CENA MARTIANA" EL 28 DE ENERO DE 1971,  
EN EL SALON FAUNO DEL HOTEL CONDADO

Empezar un discurso es lo más difícil en la oratoria. Todo exordio es trabajoso empeño. Pero en este caso para mí no lo es. Me es fácil darle comienzo a este discurso. Me basta con repetir —emocionadamente— lo que dijera José Martí para iniciar el suyo al dirigirse en el 1891 a los emigrados cubanos de Tampa: "Para Cuba que Sufre, la Primera Palabra."

La expresión cobra esta noche renovada virtualidad. Para Cuba que sufre, la primera palabra. Y la segunda ha de ser para los exiliados cubanos que en nuestra tierra puertorriqueña disfrutan con nosotros la libertad que en su tierra cubana les tiene secuestrada la tiranía implacable de un usurpador brutalmente sanguinario y feroz.

Uno de los atributos que le definen al pueblo puertorriqueño su fisonomía moral es la hospitalidad. Cualidad esencial del puertorriqueño es el goce de abrirle anchas las puertas a quien de fuera llega. Isla pronta a la acogida cordial es esta nuestra. Nos complace que nadie se sienta extraño en nuestro suelo. Lo dice el gran poeta español Pedro Salinas, desde su tumba, frente al mar de Puerto Rico, mar "El Con-

templado". Lo dice en su muerte inmortal Juan Ramón Jiménez, el poeta premio nobel que pasó sus últimos años en Puerto Rico. Lo dice el maestro Pablo Casals, que vive en Puerto Rico su gloriosa ancianidad de artista que no se rinde.

La libertad y la democracia que vivimos los puertorriqueños no las hemos formado para que sean exclusiva posesión nuestra. Las disfrutamos nosotros, pero nos satisface compartirlas con quienes llegan hasta nuestra patria, de otra donde han sufrido la amargura de ver el despotismo alzarse sobre los restos despedazados de la libertad y de la democracia.

A los cubanos exiliados Puerto Rico les ha tendido su mano amiga. Es la misma mano amiga que Puerto Rico le tendió a los franceses que llegaron aquí empujados por la violencia de la revolución primero, y de las guerras napoleónicas luego. Es la misma mano amiga que Puerto Rico le tendió a los realistas españoles que se refugiaron aquí cuando en las luchas de independencia venezolana se desató contra ellos la guerra a sangre y fuego. Uno de esos refugiados fue mi abuelo paterno el Dr. Pablo Hernández. Martí nos da la elección generosa cuando dice: "al que traiga trabajo útil y cariño se le ha de abrir hueco ancho."

¡Y como no habíamos de abrir hueco ancho a los cubanos que aquí se han exilado porque la dictadura ha aniquilado la libertad de Cuba, si por esa libertad pelearon muchos puertorriqueños en la manigua y predicaron otros en tribuna y prensa, y apostolizó Betances y peregrinó Hostos por tierras de Europa y América! ¡Si fue un puertorriqueño, Felipe Goitía, el primero que cayó herido por esa libertad cuando Narciso López la defendía, aún antes de que Manuel de Céspedes diera el Grito de Yara! ¡Si por la libertad cubana el poeta puertorriqueño Pachín Marín, herido en combate, quedó solitario en plena selva cubana y en plena selva cubana hallaron tiempo después su esqueleto tendido en una hamaca con el fusil todavía agarrado en los huesos de las manos!

Al recibir entre nosotros a los cubanos exiliados respondemos, además, a esa vocación de solidaridad antillana que a cubanos y a puertorriqueños nos impone, en imperativo vital, la vecindad geográfica, el parejo devenir de la historia de ambos países, la identidad de origen étnico, la comunidad

de idioma y cultura, la coincidencia en anhelos de profundo sentido humano y social.

A la confraternidad antillana le fijan origen multimilenario Martí y nuestro Lloréns Torres; Martí, cuando habló en elocuente expresión de la Cordillera de Fuego Andino que bajo la mar une las Antillas; y Lloréns, cuando en lírica expresión describió las Antillas como "Fragmentos del Atlante de Platón, o las Crestas de Madrepora Gigante."

De confraternidad antillana es este acto en cuyo ámbito palpitan, como signo y lema, las palabras en que Martí se refirió bellamente a "Las Tres Islas Abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo; Las Islas que han de sostenerse juntas o juntas han de desaparecer en el recuento de los pueblos libres."

El tema del exilio cubano en Puerto Rico lleva inevitablemente a recordar la tesis que hemos postulado los que creemos en el crecimiento del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, en el sentido que uno de los aspectos de ese crecimiento es que corresponde a nosotros, los puertorriqueños, reglamentar la inmigración en Puerto Rico. Al sostener que las leyes de inmigración deben ser en Puerto Rico leyes nuestras, aprobadas por el poder legislativo puertorriqueño, le rendimos tributo a José Martí, actualizando sus palabras de hace casi un siglo cuando dijo: "A Vida Nuestra, Leyes Nuestras." Como la inmigración es parte de la vida puertorriqueña, decimos como Martí ayer: "A Vida Nuestra, Leyes Nuestras."

Pero nuestra aspiración de que las leyes de inmigración que regulan la entrada a Puerto Rico sean leyes nuestras, no afecta en manera alguna a los cubanos que conviven con nosotros en Puerto Rico. No se plantea tal aspiración para que tenga efecto retroactivo. Nos preocupa, sin embargo, el futuro. Al plantear nuestro reclamo contra ese futuro afirmamos la facultad de todo pueblo a decidir, en ejercicio de un derecho inalienable, como y cuando y en que medida y manera ha de abrir ese pueblo las puertas de entrada a su propio territorio. Pero téngase bien claro que cuando tal autoridad fuera concedida al Estado Libre Asociado de Puerto Rico, nuestra posición invariable será que esas puertas estarían siempre abiertas para albergar a aquéllos que sufran persecución por la causa de la libertad y la democracia.

"A Vida Nuestra, Leyes Nuestras." Repito este magnífico pensamiento de Martí porque representa una cabal definición de la forma de libertad que postulamos en Puerto Rico en el sentido de que, en todo lo que no sea indispensable al pacto de asociación que Puerto Rico tiene formalizado con Estados Unidos, la vida puertorriqueña debe estar regulada y gobernada por leyes puertorriqueñas. ¡A Vida Nuestra, Leyes Nuestras! este es el principio vital que inspira y anima la autonomía en que creemos. Fue la autonomía el sistema de gobierno que predicó e impulsó para Puerto Rico Román Baldorioty de Castro, aquel forjador de conciencia social en cuya palabra rectora recogió nuestro pueblo la orientación inicial hacia esa forma de gobierno: En ningún homenaje a José Martí que se celebre en Puerto Rico puede prescindirse de mencionar a Román Baldorioty de Castro, el puertorriqueño de quien, mas en fervor de admiración que de cualquier otro, habló el caudillo espiritual de la independencia cubana. A ningún otro puertorriqueño le consagró Martí un tan entusiasta elogio como el que le consagró a Baldorioty, en un extenso artículo que el gran cubano dedicó completo en su revista patria, a enaltecer la personalidad del gran puertorriqueño. "ni un átomo de lacayo —dice Martí en ese artículo— tuvo en vida el previsor puertorriqueño, el invencible Baldorioty de Castro". A Baldorioty le llama Martí "criollo irreductible que propagó a la vez el culto del trabajo y el culto del derecho... Que de sus destierros frecuentes, ocupados en la siembra de almas libres volvía, como el padre a la defensa de su hija, a flagelar y mermar la opresión de su isla que sangraba."

Martí, que no creía en la autonomía para Cuba llamó "Carta magnífica de Libertad" el plan de Ponce, donde Baldorioty expuso el pensamiento autonomista. Martí dijo que la causa autonomista fue para Baldorioty "la defensa real, en la cárcel y en la miseria y en el destierro, de las libertades que lo encontraron siempre a su cabeza, porque nunca fue tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty no fuese mas lejos que ella."

Justicia poética es que esta noche juntemos el recuerdo de Martí al de Baldorioty; y que evoquemos, en justicia poética, como el cubano inmortal que luchó por la independencia de su patria, admiró y veneró al puertorriqueño inmortal que luchó por la autonomía de la suya, tributándole homenaje

—digámoslo en las propias palabras de Martí— “al bueno, al puro, al sagaz, al rebelde, al fundador, al americano Román Baldorioty de Castro.” Enseñanza significativamente reveladora alienta en las palabras que Martí consagró a Baldorioty.

Los puertorriqueños que sostenemos en el presente la misma ideología autonomista que Baldorioty predicó en el pasado, tenemos en el ideario de Martí pensamientos que nos aleccionan y nos animan en la lucha por ensachar nuestras libertades. Esa lucha es larga, pero sabemos esperar. Martí nos lo enseña cuando dice: “Esperar es una manera de vencer.” En esta lucha hemos perdido batallas. Martí nos enervoriza cuando dice: “Perder una batalla no es mas que la obligación de ganar otra.” En esa lucha nos enfrentamos a partidos que creen tener el monopolio de hablar sobre libertad. Martí nos conforta cuando dice: “siempre es desgracia para la libertad que la libertad sea un partido.” Nos acusan de ser enemigos de la libertad. Martí viene en nuestra defensa cuando dice: “Sólo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por un enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores.” Nos imputan ser precavidos en exceso. Martí nos justifica cuando dice: “Azuzar es el oficio del demagogo y el del patriota es precaver.” Nos inculpan porqué nos negamos a explotar la patria como instrumento de propaganda política. Martí nos vindica cuando dice: “La patria es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.”

Jorge Mañach, el ilustre escritor cubano que vivió sus últimos años en Puerto Rico y aquí murió queriendo a nuestra tierra como a la propia, dijo que las palabras favoritas de Martí eran ala y raíz. Ala y raíz son, precisamente, las palabras que definen y fundamentan la ideología de los puertorriqueños que pensamos como Baldorioty, que como Baldorioty creemos en la autonomía. Ala, porque es nuestro ideal de elevación, de vuelo, de eterna y siempre ascendente aspiración hacia lo mas alto de la democracia y de la libertad, dentro de nuestra voluntaria asociación permanente con la democrática y libre nación norteamericana. Raíz, porque dentro de esa nuestra asociación con Estados Unidos afianzamos y fortalecemos las raíces que dan sostén y vida a nuestra infalsificable personalidad colectiva, a la conservación de nuestros valores históricos, a la subsistencia de nuestra diferente manera de

ser, a la identidad que nos distingue como pueblo de fisonomía propia, a todo lo que es vida y verdad en el vivo y verdadero sentido de la puertorriqueñidad creadora.

Una de esas dos palabras favoritas de Martí —Ala— recuerda los tan conocidos versos en que Lola Rodríguez de Tió describió el amor que une a Cuba y Puerto Rico:

“Cuba y Puerto Rico son  
de un pájaro las dos alas  
reciben flores y balas  
en el mismo corazón. . .”

Mas tarde nuestro Lloréns Torres poetizaría también ese amor de Cuba y Puerto Rico, pero ya en querencia de hombre a mujer, con flores pero sin balas. En su “Trova Guajira” dijo Lloréns, con voz de poeta puertorriqueño cantándole a una mujer cubana:

“Cuando un veguero habanero  
tu blanca mano me tienda,  
y cuando a tu lado encienda  
el habanero veguero;  
y al cariño del alero  
te ponga en la blanca mano  
la taza prieta del grano  
que es de Puerto Rico enseña,  
serás mi puertorriqueña  
y yo seré tu cubano.”

Traemos a este acto el homenaje de Puerto Rico a Cuba. Y en homenaje tal vibra el espíritu de puertorriqueñidad en virtud del cual Puerto Rico no es una muchedumbre que vegeta a la deriva sino un pueblo con plena conciencia de que lo es y de que, por serlo, tiene un destino que cumplir en América. Puertorriqueñidad no es solo sabernos hijos de nuestra tierra y sentirnos de ella por la vinculación a su pasado, a sus tradiciones, a las características diferenciales que le afirman una manera de ser inconfundiblemente propia. Puertorriqueñidad es también, ensánchándole significación al concepto, sabernos hijos de América y sentir como la isla se nos crece en tamaño al cobrar dimensión continental. Los puertorriqueños nos alzamos sobre la insularidad para decir las palabras de Martí: “De América Soy Hijo y a Ella me Debo.”

Ningún homenaje a Martí puede limitarse a honrarlo como cubano. Ello sería restringir a una isla la admiración que a Martí le profesan todos los pueblos del nuevo mundo. Martí es de Cuba por su nacimiento. Pero el mismo lo dijo en profética antevisión: ¿"A mí quién me fija cuna?" Y el mismo se contestó la pregunta cuando afirmó: "Cuba y nuestra América son una misma en mi previsión y mi cariño."

Al igual que Martí, cada uno de los inmortales de América es del país en que el destino lo hizo nacer. Pero todos son patrimonio de América, ese maravilloso mosaico de patrias hermanadas por un destino superior al nacimiento. Martí no es solamente de Cuba, ni Simón Bolívar es solamente de Venezuela, ni Washington y Lincoln son solamente de Estados Unidos, ni San Martín y Sarmiento son solamente de Argentina, ni Artigas es solamente de Uruguay, ni Muñoz Rivera y Baldorioty y Hostos son solamente de Puerto Rico; ni Hidalgo y Juárez son solamente de México; ni Sánchez, Duarte y Mella son solamente de Santo Domingo. De cada uno de esos hombres, de cada uno de los hombres que en cada país americano es símbolo de grandeza patriótica, el sitio donde nació es dato para el fichero biográfico. Pero ese dato significa muy poco ante lo mucho que significa que a cada uno de ellos, y a todos ellos, la gente del nuevo mundo los venera en las glorificaciones de la posteridad, no como inmortales de tal o cual patria sino como inmortales de la gran patria que es América.

La gran patria es nuestra América. Pero para que lo siga siendo en espíritu y en verdad, para que mantenga esa grandeza, los pueblos que la forman han de cultivar la unidad de acción indispensable para la defensa de su democracia institucional, que es fundamento de sus libertades ciudadanas. Tiene vigencia hoy lo que dijo Martí hace casi un siglo: "La unidad de espíritu es indispensable a la salvación y dicha de los pueblos americanos. .. La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos y abominar todo lo que los aparte." Es eterna lección la de Martí: en nuestra América hemos de promover la democracia que acerca a los pueblos y hemos de abominar el comunismo soviético que los aparta con tinieblas de odio en vez de iluminarlos con claridades de amor.

Creyente en Dios es nuestra América. Y por eso rechaza el comunismo ateo. Respetuosa de la vida humana es nuestra

América. Y por eso le es odioso el paredón, que es muerte infamante de inhumana barbarie.

Todo acto en memoria de José Martí debe ser siempre ocasión de júbilo, porque siempre es regocijo para el espíritu rendirle honor a un héroe. Pero ese regocijo nos lo empaña hoy la amargura de que un tirano pretende matar la libertad con que a Cuba enalteció Martí: Pretende he dicho. De mero intento no pasará Fidel Castro. Porque ningún tirano puede matar la libertad cuando a mantenerla viva se apresta un pueblo valeroso. La fe de Cuba la mantiene encendida el valeroso pueblo cubano, tanto el que permanece con el pensamiento amordazado en la antilla hermana, como el que desde el exilio protesta contra el comunismo usurpador.

Yo le digo a los exiliados cubanos que en Puerto Rico, y en las patrias todas de América, tiene decidido respaldo la militancia por rescatarle a la antilla hermana su libertad secuestrada. Aquí están con nosotros, para dar fe de que ello es así, los ilustres representantes de Costa Rica, el honorable Daniel Oduber, Presidente del Congreso, y el Honorable Carlos Manuel Vicente, Ministro de Gobernación. Y aquí está también para atestiguarlo, no en persona, pero sí en su espíritu, presente siempre en todo sitio donde el culto a la libertad tenga un altar, ese gran demócrata de América, amigo leal de Cuba y de Puerto Rico, que es don José Figueres, el Presidente de Costa Rica, de esa tierra hermana de la cual yo digo, como dijera José Martí en histórica carta al director de "El Heraldo de Costa Rica", que es "Tierra que siempre defendí y amé, por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por buena."

Yo le digo en esta noche memorable a los exiliados cubanos; se los digo solemnemente, con la fe que inspira el recuerdo de José Martí, que si este acto que esta noche celebramos en San Juan tiene crespones de luto por el martirio de Cuba, muy pronto le celebraremos a Martí otro acto para conmemorar el aniversario de su nacimiento. Y ese otro acto no lo celebraremos en San Juan, con crespones de luto como esta noche. Lo celebraremos en la Habana, con flores de resurrección, para festejarle a Cuba su segundo Grito de Yara, su segunda independencia, su retorno a la libertad tras de su triunfo sobre la dictadura comunista.